

EL CAMINO OCULTO

FRANCISCO CÂNDIDO XAVIER



Pelo espírito
VENERANDA

Datos de Copyright

Sobre la obra:

La presente obra es puesta a disposición por el equipo de *ebook espírita* con el objetivo de ofrecer contenido para uso parcial en investigaciones y estudios, así como una simple prueba de la calidad del trabajo, con el propósito exclusivo de compra futura.

Queda expresamente prohibida y totalmente reprobable la venta, alquiler o cualquier uso comercial de este contenido.

Sobre nosotros:

El *ebook espírita* pone a disposición contenidos de dominio público y propiedad intelectual de forma totalmente gratuita, ya que considera que el conocimiento y la educación espírita deben ser accesibles y gratuitos para todos y cada uno. Puede encontrar más obras en nuestro sitio web www.ebookespirita.org



www.ebookespirita.org

EL CAMINO OCULTO

FRANCISCO CÁNDIDO XAVIER

POR EL ESPÍRITU VENERANDA

Índice

EL CELESTE AMIGO	4
LEONARDO	5
SUBLIME ENCUENTRO	7
LA ROGATIVA	9
EL DESPERTAR	11
EN EL SERVICIO PATERNO	13
LAS TIERNAS PLANTAS	15
LA VACA ENFERMA	17
AVE HERIDA	19
EL VIEJO SERVIDOR	21
EL LIBRO PRESTADO	23
LA COMIDA	25
ZÉ MACACO	27
EN LA ESCUELA	29
LA MERIENDA	31
LA ORACIÓN DE LA NOCHE	33
TEMORES	35
EL REENCUENTRO	37
EXPLICACIÓN DEL MAESTRO	39
EL CAMINO	42
DESPERTANDO DE NUEVO	44

EL CELESTE AMIGO

Jesús es el Celeste Amigo de los niños.

A través de todos los caminos y circunstancias del mundo, el niño de buena intención puede sentir su presencia sublime. Basta que cultive la bondad en el esfuerzo diario y que guarde sincera confianza en el Divino Poder, porque, entonces, la oración representará escalera de luz por la cual recibirá la inspiración y el socorro del vigilante y compasivo Amigo del Cielo.

Veneranda

Pedro Leopoldo, 3 de abril de 1946

LEONARDO

Leonardo, joven aparentemente devoto, pedía siempre al Señor que le fuese revelado el camino prodigioso hacia el Cielo.

Extasiado, acostumbraba mirar al firmamento, a menudo, pensando en las alegrías del Paraíso.

Comparecía a las aulas de un curso evangélico y escuchaba, maravillado, las descripciones y referencias acerca de Jesús.

No era muy gentil en el trato con los compañeros, ni dedicaba el respeto debido a las personas más mayores, siendo, por eso, poco simpático a los amigos. Entretanto, era curioso y preguntón, en las lecciones religiosas. Admiraba a Jesús y le gustaba escuchar todas las historias que se refiriesen a Él. De entre los pasajes de las narrativas apostólicas, se preocupaba especialmente de la Resurrección.

Se regocijaba al saber que Cristo, después de la muerte en la cruz, resucitase, rodeado de gloriosa

luz, preparado para subir al Reino Celestial. Por esa razón, quería preparar la felicidad futura, deseoso de encontrarse, más tarde, en el cuadro brillante de los justos.

Y, muchas veces, meditando en eso, interrumpía entre bromas para decirse a sí mismo:

- "¡Oh! ¡Si yo pudiese recibir del Divino Maestro la enseñanza necesaria! ¡Qué suerte, la de convivir con los ángeles y ganar la devoción de las criaturas!"

SUBLIME ENCUENTRO

Cierta noche, después de fervorosas súplicas, en compañía de su madre, Leonardo se durmió y tuvo un sueño.

Tuvo la impresión de que el viento era un vehículo de alas aterciopeladas, llevándolo, delicadamente, muy lejos...

Le parecía viajar en un extraño avión, sobre bosques y mares, ciudades y ríos, resplandeciendo al Sol.

Por fin, ese vehículo lo dejó en un paisaje desconocido.

Se vio a la vera de un lago cristalino semejante a un inmenso espejo encrespado por las olas bulliciosas, y se acordó del Genesaret, donde el Señor enseñó la verdad y el bien a los discípulos humildes.

Observaba las tranquilas aguas, que reflejaban las luces del firmamento, sentía el perfume de los cercanos árboles, cuando notó que alguien se

aproximaba.

Gracioso grupo de pájaros apareció, de improvisto, picoteando las flores y tirando los pétalos al suelo, como si ellas estuviesen adornando el camino para el visitante inesperado.

El joven las contemplaba bajo una fuerte admiración, preguntándose íntimamente: ¿quién recibiría semejante homenaje de la Naturaleza?

Pasados algunos instantes, se sintió delante del propio Cristo.

No tuvo ninguna duda. La claridad sublime que se hacía alrededor, la mirada agradable y profunda, eran las del Maestro...

LA ROGATIVA

Jesús se acercó a él y lo bendijo.

El joven se arrodilló a los pies del Maestro Sublime y, recordando el deseo que lo inquietaba desde hacía mucho, suplicó:

- “¡Señor, enséñame el camino para el Cielo!... ¡Quiero conocer el Paraíso, abrazar a Tus ángeles y recibir lecciones de Tus labios! ...”

El Divino Amigo sonrió, benévolo, y permaneció en silencio, sondeándole el corazón. Leonardo no se desanimó y prosiguió:

- ¡Escucha, Maestro! ¡Vivo suspirando por descubrir la senda que me llevará al Reino Celestial!... ¡Ayúdame! ¡Mama acostumbra a decirme que allí está la Mansión de los Justos y de los Buenos y que Tu eres el Príncipe de la Paz, benefactor devoto y fiel!...

Esperó algunos momentos, con ojos llenos de lágrimas, y, porque tardaba la respuesta del

Salvador, preguntó, terminando:

- ¿Me darás la feliz revelación?

El Cristo lo abrazó afectuosamente y dijo, con una bella sonrisa:

- Si

El joven, maravillado y jubiloso, preguntó:

- ¿Cómo lo sabré, Señor? ¿Cómo comprenderé la dádiva sublime? El Maestro fijó en él Su mirada muy cariñosa y habló:

- Te daré el conocimiento de la senda celeste, por diversas señales.

- ¿Cuándo? – preguntó el pequeño joven, confundido de alegría.

- ¡Hoy mismo! – dijo Jesús, bondadosamente.

EL DESPERTAR

En ese instante, Leonardo sintió dificultad para mantenerse en el hermoso paisaje al que le habían llevado.

Ya no conseguía ver al Amigo Celeste, ni podía escucharlo con la misma claridad. Tuvo la impresión que una voz muy fuerte le gritaba en los oídos:

- ¡Leonardo! ¡Leonardo! ¡Leonar...dooo! ...

La imagen desapareció como por encanto. Ni la figura del Cristo, ni el cielo azul, ni los árboles, ni el gran lago. Y se despertó en su cama, atendiendo a la llamada maternal.

Profunda felicidad le invadía toda el alma.

Guardaba, en su íntimo, la certeza de que regresaba de un maravilloso país donde estuvo con Jesús, frente a frente.

El reloj grande del comedor dio siete campanadas y un sol de oro vivo se derramaba a través de la vidriera.

Se levantó optimista, dejando traslucir en el rostro la más viva satisfacción.

Después de la ducha matinal, contó a su madre lo ocurrido en la noche. Describió con entusiasmo el gran viaje en un avión desconocido, la llegada al misterioso lugar, lleno de verdor y belleza, y, por fin, el encuentro con el Maestro, de cuya boca recibió la promesa deseada.

Su madre lo escuchaba, orgullosa y feliz, elogiándolo con palabras de cariño y de incentivo para la práctica del bien.

Leonardo no cabía en sí mismo de contento. En el desayuno, pensaba consigo mismo: - "¿No debería esperar la revelación prometida?".

Y aguardó la venida de Jesús, suponiendo que Él vendría a trazarle a sus asombrados ojos una gran ruta, como la profesora en las aulas de Geografía.

EN EL SERVICIO PATERNO

Tocado de alegre expectativa, fue al encuentro del padre, en los trabajos de horticultura. Atravesó el gran maizal, contemplando las nubes, lleno de curiosidad y esperanza.

Eran justamente las ocho de la mañana, cuando vio a su padre, ocupado en proteger los largos parterres de tomates y guisantes.

Paró admirado. El cuadro de trabajo inspiraba desánimo a las personas menos valerosas.

El torrente había traído de los montes cercanos, densa capa de inmundicia, amenazando las delicadas hortalizas.

Se hacía necesario mover la azada, cuidadosamente, y desplazar a mano pesadas carretillas.

- ¡Ven Leonardo! – le convidó el padre sonriente, secándose el sudor que le caía copiosamente del rostro.

Nuestro jovencito, sin embargo, examinó las

condiciones del trabajo de aquella mañana, y concluyó que la cooperación sería difícil. Acabaría, por cierto, todo lleno de barro. Sentiría cansancio.

El padre, hombre, valiente y bien dispuesto, explicó, satisfecho:

- Esta es la buena tierra que produce nuestro pan.

“Sí – pensó el hijo, consigo mismo – el pan es excelente, pero la tarea es enorme. ¿No sería mejor, escabullirse?”

Sin demora, ideó un pretexto para retirarse.

-Hoy, papa – dijo él -, no puedo ayudarte. Tengo muchos deberes. El padre no se enfadó y le aconsejó, sonriendo:

- Entonces, hijo mío, no pierdas tiempo. Vuelve a casa y estudia.

LAS TIERNAS PLANTAS

A pesar del aviso paternal, el jovencito solo se apartó para disfrutar la vagancia.

Se dirigía, perezoso, para una fuente cercana, cuando encontró largas hileras de hormigas, atacando unas tiernas plantas de naranjos. Las pequeñas invasoras cortaban hojas y brotes minúsculos con la mayor falta de respeto, y huían, rápidamente.

Observando las afectadas hojas, recordó las alegrías del huerto. De vez en cuando, su madre realizaba fiestas para los niños, en pleno huerto.

Los compañeros y él se servían las naranjas gustosamente. Eran siempre sabrosas y dulces. Parecían verdaderos regalos de Dios, colocadas inexplicablemente en las ramas verdes de los árboles.

El padre recomendaba incesantemente el mayor cuidado con los naranjos.

Los sábados, les hacía una demorada visita, defendiéndolas de hormigueros y hierbas dañinas. No por eso, sin embargo, modificó la actitud inicial de indiferencia. Juzgó que gastaría mucho tiempo. Consideró la posibilidad de comunicar lo ocurrido a su padre, pero, cuando supuso que podría ser encargado de salvar las plantas, abandono cualquier propósito de esfuerzo.

Tuvo la impresión de que las frágiles plantas le pedían ayuda; entretanto, miró la inmensa cantidad de pequeñas perturbadoras en movimiento, encogió los hombros y exclamó:

- ¡Que hagan las hormigas lo que quieran! ...

LA VACA ENFERMA

Se retiró para las proximidades del corral, donde su atención fue solicitada por una vaca enferma.

La pobrecita jadeaba con cansancio. Tenía una pierna rota y varias heridas en el cuerpo. Le llamaba, con un mirar muy triste, como suplicándole una gota de agua.

El animal tenía sed, mucha sed.

Era juguetona.

No pudo obviar los recuerdos de sus buenos servicios. Proveía de sabrosa leche por la mañana y se dejaba ordeñar, mansa y humilde, pareciendo satisfecha de atender a las necesidades de toda la casa.

El cuidador la separaba del becerro, que lloraba, a distancia, viéndose perjudicado en el cariño materno. Juguetona, pues, posaba en él la mirada calmada de madre, pidiéndole, quizás, paciencia y buena voluntad, hasta que pudiese satisfacer al

ordeñador.

Leonardo recordó sus gestos de bondad y renuncia, pero, incluso así, no se animó a ayudarla. El animal solo le faltaba hablar directamente con palabras humanas. Con confianza, le mostraba la boca sedienta y la lengua seca. Entretanto, el jovencito se mantenía indiferente.

Llegó a buscar un látigo con que poder atormentarla.

Felizmente, no encontró lo que buscaba y, lejos de compadecerse, hizo un gesto de ingratitud y le dijo a la vaca enferma, en voz alta:

- ¡Quédate ahí, quejica! ¡Recibirás la buena zurra que necesitas!

AVE HERIDA

El niño seguía el camino, de vuelta a casa, y, después de algunos pasos, lejos del corral, encontró un ave herida, incapaz de volar.

Un perverso cazador le acertó en el cuerpo frágil con un perdigón.

La pobre infeliz se arrastraba penosamente, provocando piedad. Las suaves plumas de las alas mostraban señales de sangre.

Dirigió a Leonardo una mirada de aflicción y desaliento, en una muda llamada de asistencia y cariño.

Parecía decir:

- “¡Tengo el nido lleno de hijitos que me esperan! Salí, muy temprano, buscando alimento, pero recibí un disparo de un hombre malo, que me alcanzó sin razón! ... ¡Muchacho bueno! ¡Ayúdame, en nombre de nuestro Padre Celestial! ¡Ayúdame a regresar! ¡Tengo miedo, mucho miedo!

¡Recuerda a tu madre que no deseaba separarse de tí y compadécete de mi corazón angustiado de madre herida! ¡Mis hijitos bendecirán tu nombre, cantaremos en tu ventana con alegría y gratitud!”

El jovencito, sin embargo, insensible ante aquella rogativa sin palabras, observó rudamente:

- ¡Es una ocasión perfecta para practicar el tiro al blanco! ...

Sin ninguna otra reflexión, cogió una piedra, al azar, y, después de mirar atentamente la cabeza atemorizada del infeliz ave, la mató sin compasión.

EL VIEJO SERVIDOR

Continuaba caminando, cuando encontró a un antiguo servidor de la propiedad paterna.

El viejito, de cabellos blancos, caminaba fatigosamente, soportando un pequeño fardo en las espaldas.

¿Cómo no acordarse de él? Era Ricardo, admirable auxiliar en todos los trabajos domésticos. Demostraba cansancio y vejez, pero nunca le faltaba buena voluntad. En razón de eso, el padre de Leonardo aprovechaba sus servicios en actividades más leves.

En ese día, se mostraba más pálido, más trémulo, tropezando frecuentes veces. Leonardo se acercó.

Notando su presencia, el anciano rogó, con confianza:

- ¡Mi buen jovencito, ayúdame, por favor! Vengo del molino de tu padre, donde recibí el salvado

que debo entregar al vecino... Creo, pues, que mi viejo cuerpo no está funcionando bien... La cabeza me da vueltas, tengo las piernas adoloridas, tengo miedo de caer en cualquier momento....

Hizo un pequeño intervalo y añadió, humilde:

- ¿Quieres ayudarme a llevar la carga? ...

Su voz era triste y llorosa, pero el jovencito no se conmovió. Pensó consigo mismo que el viejo era un simple empleado y que no debía disminuirse, prestándole colaboración.

Dominado por esa idea, puso las manos en los bolsillos, dio una risotada y habló:

- ¿Crees que soy tu criado? Revienta como puedas.

La respuesta revelaba una dura ingratitud. El viejito, con todo, no dijo nada más y siguió en silencio.

EL LIBRO PRESTADO

Pasados algunos minutos, el insensible jovencito se encontraba, de nuevo, a las puertas de casa, y contempló el firmamento, donde el Sol iba muy alto, dando la impresión de que viajaba en el dorso blanco de las nubes.

Parado en la observación de lo alto, se preguntó a sí mismo:

- ¿En qué momento vendrá Jesús a enseñarme el camino para el Cielo?

El viento pasaba, levemente, pareciendo recomendarle calma y esperanza...

Se disponía ahora a entrar en el interior doméstico, cuando fue llamado por Antoñito, inteligente sobrino del vaquero, el cual, de pies descalzos y camisa remendada, le pedía un libro prestado.

El compañero pobre permanecía con respeto, retraído. Los ojos tímidos mostraban expresión de

súplica.

Leonardo supuso que el compañero tal vez hubiese venido por consejo del tío Manuel, que lo asistía cariñosamente en las lecciones, y disfrutó el placer de exhibir su poder.

Se enderezó y le recibió el saludo con los humos de la superioridad mentirosa.

Antoñito se explicó humildemente, alegando que debía presentar las lecciones preparadas, lo que se tornaba difícil por faltarle el libro de Historia Natural.

Leonardo escuchó todo, de cabeza alta, y respondió, inflexible:

- ¿El qué? ¿dejarte mi libro? ¡de ninguna manera! Si quieres estudiar, gástate tu propio dinero.

El compañero insistió en la solicitud, pero nuestro jovencito se adelantó:

- ¡No! ¡No y no!...

Antoñito se retiró abatido, procurando reprimir las lágrimas.

LA COMIDA

Posteriormente entró Leonardo en casa, donde esperó al padre para la comida. Ni siquiera miró para su madre que ahí precipitada, de un lado para otro, atenta a los preparativos de la comida.

Temiendo el trabajo, se cerró en el cuarto, hasta que la voz materna se hiciera escuchar a la puerta, llamándolo cariñosamente.

El padre ya había llegado, preparándose para la comida. Venía sudado, pero alegre, cargando dos cestos pesados de fresas, zanahorias, bananas y piñas. Pero Leonardo, se mantenía distante de cualquier expresión de reconocimiento y ni se dignó en mirar las frutas.

Puesta la mesa en un mantel muy limpio, en balde su madre le recomendaba compostura y silencio.

El jovencito protestaba, entre lamentaciones y palabras feas.

- ¿Dónde está mi bistec? – reclamaba, gritando,

en vista de la ausencia de la carne.

- ¿Te sirves dos huevos, hijo mío? – decía su madre cariñosa y buena.

- ¡No quiero! ¡No quiero!... -exclamaba el hijo ingrato.

- Las zanahorias y las patatas están excelentes- acentuaba la señora con desvelo.

El pequeño malcriado, sin embargo, lejos de corresponder a la bondad de los padres, abandonó la mesa precipitadamente, dirigiéndose para la cocina, donde bebió casi un litro de leche a escondidas.

ZÉ MACACO

Terminando de comer, bajo la mirada materna, que revelaba enorme preocupación, Leonardo tomó la cartera de libros y cuadernos, emprendiendo el camino hacia la escuela.

El lugar de sus padres se localizaba en las inmediaciones de una gran ciudad y nuestro amigo, durante el trayecto, en un kilómetro de camino separado por grandes árboles, iba pensando consigo mismo:

- “¿Cómo recibiré las señales del camino para el Cielo?”

En pocos minutos, entró en las calles, bien cuidadas, donde otros niños, no menos descuidados, se unieron a él, yendo para el grupo escolar.

Se aproximaba al establecimiento de enseñanza, junto a tres compañeros, cuando avistó un pobre hombre andrajoso, buscando papeles viejos.

- ¿Quién es ese? Preguntó el menor de los compañeros.

Leonardo sonrió maliciosamente, dando a entender que había encontrado un excelente motivo para bromear.

Silbó, fuertemente y respondió con voz gritando:

-¡¡¡Es Zé Macaco!!!

No contento con eso, se acercó al demente mendigo y exclamó de modo estridente:

- ¡Ma-ca-co! ¡Ma-ca-co!...

El infeliz intentó reaccionar, espantando a los desocupados niños, pero Leonardo cogió una piedra y se la tiró a la cabeza, sin piedad. La víctima gimió de dolor y se apartó rápidamente para detener la sangre que corría, abundante, por su frente.

Temiendo a los policías, Leonardo y los otros niños se fueron cautelosamente para la escuela.

EN LA ESCUELA

Dentro, la campana anunciaba el inicio de las clases. El interior de la sala era agradable.

La profesora, muy cuidadosa, organizó un ambiente de alegría, como siempre, llenando el recinto con jarrones de flores.

Las carteras, limpias y bien dispuestas, convidaban a una posición respetuosa; con todo, Leonardo se mantenía distante de cualquier sentimiento de gratitud, pareciendo ciego a semejantes bienes.

En cuanto la profesora hablaba sobre Geografía, Leonardo hacía burlas. Silbaba para los compañeros, provocaba risas, pinchando al compañero de delante con la punta del lápiz y, a cada momento, declinaba, en voz alta, apodos y nombres feos.

En balde, la profesora rogaba silencio, llamando su atención. El jovencito continuaba siempre igual, indecoroso e insubordinado.

En una clase de canto, preparada cuidadosamente por las buenas niñas, perturbó el orden, con imitaciones de sonidos de pavo y mono; durante el recreo, se hizo el valiente y se metió en una pelea con dos pequeños, a los que retó a pelearse al día siguiente.

La profesora, a pesar de los muchos consejos y amenazas de castigo, lo soportó con tranquilidad. Sin embargo, al terminar las lecciones, lo contempló, con enorme tristeza, reparando, que Leonardo no se daba cuenta de lo que le molestaba su actitud ingrata y desobediente.

LA MERIENDA

A la salida de la escuela, mostró dos grandes rebanadas de pan con manteca y queso fresco, que le sobraron de la merienda, se aproximó Orlandiño, el hijo de una lavandera pobre, que le habló, avergonzado:

-Leonardo, hoy aun no comí cosa alguna...

Tuvo miedo de quedar atrasado en las lecciones y no quiso perder la clase, a pesar de venir con bastante hambre...

Torcía las manos, tímido por pedir. Y cuando el compañero clavó sus ojos con frialdad, prosiguió explicando:

- "Tu" Januário no me pagó los trabajos que hice en tu casa, la semana pasada, y, por eso, como mama está enferma, no nos fue posible comprar ni café...

Leonardo no respondía, pero Orlandiño, muy colorado de vergüenza, pasó al pedido directo,

después de una pausa más larga:

¿En vista de nuestras dificultades, quien sabe si tú podrías darme, por favor, la merienda que te sobró del recreo?

En ese punto del pedido, los ojos de Orlandiño estaban llenos de lágrimas. Y con voz más triste aun, concluyó:

-Me gustaría llevar algún alimento para mi madre...

Leonardo, sin embargo, rompiendo el silencio que mantenía, exclamó:

¡Ahora! ¿Tú crees que yo soy una panadería?
¡Sigue adelante! ¡No doy merienda a los compañeros vagos!

Orlandiño lloró, porque, verdaderamente, sentía hambre, pero Leonardo fue insensible.

-Si quieres comer - añadió - ¡vete a trabajar!

LA ORACIÓN DE LA NOCHE

Era tarde, cuando volvió a casa.

Le esperaban los cariñosos padres para una leve cena.

Observando que el día terminaba, sin que Jesús viniese, en persona, a enseñarle el camino del Cielo, Leonardo estaba enfadado e intransigente.

Llegada la noche, cuando su madre lo llamó para la oración de gracias, respondió, nervioso:

- ¿Para qué rezar más? El día pasó sin que Jesús cumpliera la promesa... Esperé, ansioso, que me viniese a revelar la senda celestial.

Iba a lloriquear, pero la palabra materna acudió, consoladora:

- ¡No te enfades, hijo mío! El Maestro, ciertamente, espera que mejores el corazón.

Herido en la vanidad, el jovencito no se contuvo:

- ¡Ah! -dijo, irrespetuoso – ¿quieres decir que soy malo, que no cumplo con mis deberes?

¿Quieres decir que soy perverso? Cerrando los puños, gritaba, irritado:

- ¡No lo soy! ¡no lo soy!

Calmándolo, añadía la madre desvelada:

-No te estoy acusando, hijo mío. Sé que debemos confiar en tu carácter, reconozco que has sido correcto en las obligaciones diarias, pero no podemos esperar que Jesús venga hasta nosotros, sin perfeccionar el corazón.

Contempló a Leonardo, bondadosa y acentuó:

-No podemos hacer tan gran trabajo en un solo día.

Consolado por la paciencia materna, él oró de mala voluntad y se acostó.

TEMORES

Pasados algunos minutos, comenzó a soñar nuevamente.

Se sintió ágil y feliz, fuera del cuerpo de carne, y reconoció que el mismo transporte desconocido, de alas suaves como el terciopelo, lo transportaba, suavemente, muy lejos...

Mirando desde las nubes las ciudades, los bosques y los mares, allí abajo, recordó su anterior viaje con todos los detalles. De pronto, el indescriptible vehículo lo dejó a la vera del mismo lago cristalino.

Se acercaron a él una bandada de pajaritos. Árboles frondosos le ofrecían frutos y flores.

De largas distancias, venían cantinelas de pescadores simples y felices. Se veía transformado. No sentía más el nerviosismo o la irritación. Profunda paz le llenaba todo el alma. En ese instante, una pregunta le pasó por la cabeza.

- ¿Vendría Jesús, de nuevo? – pensó.

¡Oh! Sin querer, estaba triste al pensar en eso.

Comenzó a recordar las liviandades del día y experimentó enrome vergüenza. Ahora, solamente ahora, lo comprendía. Tal vez el Maestro lo hubiese buscado, pero observándolo tan descuidado, esperó aquella ocasión para hablarle.

Avergonzado, sintió que el remordimiento se convertía en una dolorosa herida en la conciencia....

¿No sería mejor retroceder? – se preguntó a sí mismo – ¿no convenía volver a casa y rectificar los errores del día, antes del reencuentro con el Maestro?

EL REENCUENTRO

Se esforzaba por salir, cuando escuchó la misma voz de la noche anterior:

¡Leonardo! ¡Leonardo!

Estaba el Señor delante de él, más bello que nunca. El jovencito cayó de rodillas, pero notó que Jesús no tenía la misma alegría de antes. Parecía triste, muy triste. Mostraba en los profundos y sublimes ojos el llanto que no llegaba a caer. Y hasta la Naturaleza parecía comulgar con el Maestro, porque las aves silenciaron y las olas bulliciosas y limpias del lago inmenso se quietaron, mansamente, obedeciendo a un extraño poder.

Leonardo quiso preguntar por el motivo de ese cambio, pero le faltó valor. Jesús lo contemplaba con infinita dulzura y decepción, que Leonardo se postró en el suelo, le abrazó los pies, humillado y lloroso.

Como Jesús no dijo nada, el jovencito se explicó, tímido:

-Señor, te esperé en vano el día entero... ¿Por qué no viniste a enseñarme el camino del Cielo, tú que eres bueno y poderoso? ¿Por qué no me diste las señales prometidas?

- ¿Cómo? – exclamo el Cristo, sorprendido, te di el camino celeste y, por diez veces, te indiqué las señales de la revelación divina. Entretanto, no quisiste ver. Trabajé contigo, en balde, horas enteras, insistiendo para que vieras y comprendieras...

Leonardo abrió mucho los lacrimosos ojos y preguntó:

- ¿Qué dices, Señor? ...

EXPLICACIÓN DEL MAESTRO

El Maestro Divino, entonces, comenzó a explicarle:

-Cuando te levantaste por la mañana, me acerqué a tu padre y te convidé al trabajo en tu propio beneficio, pero huiste, temiendo el esfuerzo a que te llamaba. Fue la primera señal.

Te acompañé y te hice sentir la súplica silenciosa de los naranjos tiernos atacados por las pobres e inconscientes hormigas y esperé que tus manos me ayudasen en la obra del bien, para que el huerto de tu casa fuese enriquecido. No obstante, no aceptaste mi llamada y seguiste apresurado. Te conduje, entonces, a la vaca enferma, que muchas veces calmó tu hambre con su generosa leche, garantizando la abundancia de tu hogar. No quisiste ayudarla, ni con una gota de agua. Después, te llevé para ayudar a una pobre ave herida que, frecuentemente, ayudaba a tu padre

en los trabajos de horticultura, consumiendo gusanos dañinos. Pero, lejos de ampararla, le arrebataste su provechosa vida, tan necesaria para sus hijitos. Más tarde, te guié ante la presencia de un viejo servidor, cansado y enfermo, a fin de que lo ayudases a cargar una pesada carga. Entretanto, negaste auxilio al antiguo cooperador de tu prosperidad doméstica. Sin desanimar con tus negativas, mandé a un pobre niño a tu presencia, para rogarte un libro prestado, a fin de que adquirieses un amigo fiel. Sin embargo, lo expulsaste sin caridad. Después, te proporcioné una oportunidad de ser grato a Dios, ofreciéndote comida sustanciosa y sana, pero insultaste la mesa paternal, pronunciando palabras inconvenientes. En seguida, te aproximé a un modesto y enfermo barrendero de la calle, para que demostrases respeto y amor al prójimo. Lo perseguiste a pedradas. Terminada esa experiencia infructífera, te acompañé hasta la bondadosa profesora, esperando que revelases una buena voluntad y reconocimiento. Preferiste, con todo, la perturbación y la vagancia. En la escuela, había un humilde niño con hambre que conduje a tu presencia, a fin de que le diceses un poco del pan que te sobraba, pero le heriste con palabras de burla y negación. ¡Finalmente, por la

VENERANDA

noche, te di la oportunidad de la oración de reconciliación y agradecimiento... atacaste, pues, a tu madre con frases groseras y quejas interminables!...

EL CAMINO

Leonardo estaba perplejo. Entendía, ahora, las visitas del Maestro Invisible. Tenía el rostro bañado en lágrimas y el corazón entristecido. Pero, como no guardaba perfecta comprensión de todo, se arriesgó a considerar, aún:

-Señor, reconozco que no respeté las señales que me diste. Estaba ciego... Perdóname y ayúdame, por amor al Padre de Bondad Infinita...

Los sollozos de amargura íntima lo obligaron a un pequeño intervalo. El jovencito, pues, creó fuerzas nuevas y preguntó:

- ¿Pero Señor, y el camino hacia el Cielo?

Jesús, entonces, sonrió benevolente y esclareció:

-El camino celeste es el día que el Padre nos concede, cuando lo aprovechamos en la práctica del bien. Cada hora, de ese modo, se transforma en una bendita oportunidad de recorrer ese

camino divino, que andaremos hasta el encuentro con la grandeza y la perfección del Supremo Creador, y cada ocasión para el buen servicio, durante el día, es una señal de la confianza de Dios, depositada en nosotros. Quien aprovecha la oportunidad de ser útil, camina para lo Alto y avanza en la senda sublime, pero los que huyen del trabajo edificante pierden el tiempo y se demoran en la retaguardia, luchando con los peligrosos monstruos de la pereza y del mal.

El Maestro hizo una larga pausa y, después, acariciando la frente de Leonardo, que se deshacía en llanto, preguntó:

- ¿Por qué huiste de la ocasión de ser bueno, hijo mío?

DESPERTANDO DE NUEVO

Leonardo, abatido y humillado, levantó sus tristes ojos y rogó:

- ¡Perdóname, Señor!...

En seguida exclamó, desalentado:

- ¿Qué será de mí? Perdí mi día, desprecié el camino hacia el Cielo y, sobre todo, hice mal a mis semejantes....

En ese momento, notó que espesas sombras caían en el paisaje. Ya no veía los astros brillantes, ni las aguas, ni los árboles, ni los pájaros. Clavó los ojos en Jesús; pero también le costaba divisar al Maestro...

Quería prolongar indefinidamente aquellos minutos sublimes en la compañía del Celeste Amigo para saber más, mucho más. Percibiendo, pues, que el Cristo se apartaba, extendió los brazos en su dirección y preguntó, ansiosamente:

- ¿Qué será de mí, Señor?

Leonardo no consiguió más vislumbrar al Maestro, pero escuchó su voz respondiendo:

-Esperaré por tí, mañana...

Deseó levantarse y correr para buscarlo.... Pero no consiguió hacerlo. La sombra aumentaba, aumentaba más y una extraña e invencible fuerza le sujetaba las rodillas contra el suelo. Después de penosos minutos de aflicción, dentro de los cuales se sentía en una horrible noche de tinieblas, despertó, llorando intensamente...

Pero, en sus oídos de jovencito transformado, resonaban aún las palabras del Divino Maestro:

-Esperaré por tí, mañana...